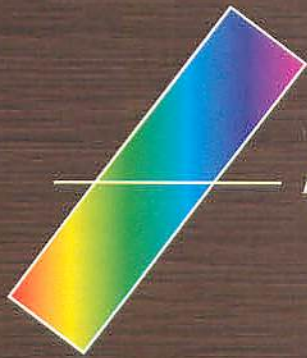
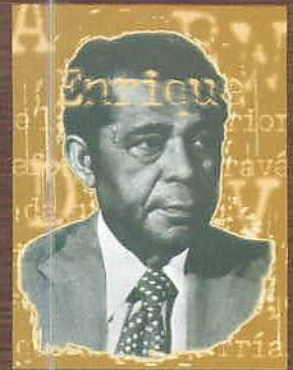


Ene me go



Enrique A. Laguerre



Los rumores de la vida exterior penetraban, deformados, a través la niebla de su entresueño. No supo cuánto tiempo permaneció así, al borde de la sorda irrealidad; de súbito, sintió que una mano fría le presionaba la nuca. Como en otras ocasiones, incorporó sobresaltado. A tientas trató de encender la bombilla, pero no la alcanzó; buscó entonces, sin resultados, la ventana familiar, el cuadro trémulo de estrellas. Pensó en la disposición de los muebles; quiso palpar la mesita, pero la mano se le fue en el vacío. El frío de la nada la estremeció. ¿Dónde, dónde se hallaba? Transida de ansiedad, gritó:

—¡Chere! ¡Chere!

Nadie respondió. ¿Dónde estaba su madre? El tic-tac del reloj primero y el canto de los coquies después se hicieron perceptibles en su conciencia. Intentó reconocer la posición de la cama y la halló colocada de otra manera. Y, de repente, un recuerdo y un nombre:

—Juan Manuel.

Ahora caía en cuenta: habíase casado con Juan Manuel y Juan Manuel trabajaba fuera; ella estaba viviendo en casa de Juan Manuel, ¡en su propia casa! La muchacha experimentó alivio al recobrar el conocimiento de la realidad.

Esta tarde había regresado de su viaje de recién casada, para acogerse, casi aturdida de júbilo, al calor del nuevo hogar. Se esfuerza por olvidar la desventura de su vida pasada, aquel túnel de pesadillas en el que anduvo extraviada. Sólo una inevitable realidad del momento la preocupaba: Juan Manuel trabaja de noche. El ha de regresar por la madrugada. Suerte que la tarea nocturna del marido es interina; dentro de dos semanas —cuando terminen las vacaciones de un compañero de faena— volverá a trabajar de día.

Antes de salir hacia su trabajo, Juan Manuel le había pedido que se acostase temprano, que no abriese la puerta a nadie, que tuviese el revólver bajo la almohada. Ella habría protestado por lo del revólver, pero se dispuso a obedecer, porque sabe que sobre ellos pende la amenaza del otro. Juan Manuel había agregado:

—Cuando consigamos una muchacha de servicio te sentirás más tranquila. No sabes lo que el tener que dejarte sola, pero prometí trabajar esas semanas de noche y las promesas son promesas. La situación no ha de durar mucho, a Dios gracias.

Isabel habría querido permanecer despierta hasta el

regreso de Juan Manuel; sin embargo, pasada la media noche, ya no pudo aguantar la pesadez en los ojos. Por eso se había acostado. Luchó por no dormirse; sin querer, cayó en el sopor. Huía de animales fabulosos y caía y se esforzaba por levantarse, sin poder. Ya cabalmente despierta, pensó:

—Por poco no me doy cuenta que vivo en mi casa y no en la otra.

Allá, en la otra casa, quedaba lo que fue motivo de miedos, desde la muerte de su padre, cuando ella era muy chiquilla aún. De vez en vez le venía a la memoria algún detalle tierno de la conducta paternal. Tan amables relaciones se le aparecían ahora con un dulce sabor de leyenda, como un goce largamente trasoñado. ¿Por qué se casó Chere —era el nombre cariñoso que le tenía a su madre— con el otro?

Desde un principio, entonces sin saber por qué, Isabel no pudo tolerar a su padrastro. Según crecía, empezó a explicarse la situación. El otro, que en los primeros años de convivir en la casa, trabajaba ocasionalmente, fue, día a día, abandonando sus deberes para dedicarse a derrochar el capitalito en el juego y el licor. La niña tuvo la peregrina sensación de sentirse huérfana en su propio hogar. Y no porque doña Mercedes repudiase a su hija, sino que la mujer sólo veía con los ojos de su marido, hombre mucho más joven que ella.

El otro tomó la costumbre de regresar borracho, a altas horas de la noche. Isabel aprendió a tenerle miedo al rechinar de las puertas despertaba, azorada, para oír los torpes pasos y las palabras groseras del hombre. Siempre anduvo él tropezando con los muebles. Muchas veces, arropada de pies a cabeza, oyó la niña el suave llanto contenido de su madre.

En tales desasosiegos creció Isabel; encontraba alguna tranquilidad en la escuela, junto a sus dos o tres amigas. La verdad ella nunca tuvo muchas amigas; era reconcentrada, algo zahareña. Fue en la escuela que conoció a Juan Manuel. Cedió, casi sin saberlo, a los requerimientos amorosos de él. Pero nada de andar juntos donde pudiera verlos el otro; más bien llevaban un amor platónico, casi a larga distancia, con breves encuentros ocasionales.

Mal día fue aquel en que el padrastro se enteró del noviazgo juvenil; se puso furioso, provocó riñas domésticas hasta que doña Mercedes, ávida de aliviar una situación insostenible, decidió retirar a su hija de la escuela.

Para este tiempo, muy poco quedaba ya del capitalito del difunto: los malos negocios y la irresponsabilidad del hombre lo habían derrochado. Chere, prematuramente avejentada, se dedicó a las costuras con el fin de mantener el hogar. Hasta medianoche se escuchaba a veces el ruido de la máquina; mientras tanto, el hombre se pasaba las horas muertas entre sus amigotes; regresaba al hogar a reñir, siempre a reñir. Jamás olvidaría Isabel las veces en que él, iracundo, arrojó la comida a la cara de su mujer como protesta porque no era mejor. Y mientras él se acicalaba para volver a la calle, Chere se metía en un rincón de la casa a llorar su congoja. Daba pena verla, acabada y terebrante, hundida en la oscuridad.

Isabel creyó volverse loca. Menos mal que Juan Manuel permanecía en la vecindad y ella encontraba consuelo en la esperanza de que algún día él pudiera rescatarla; sin embargo, lo cierto es que se veían muy raras veces, y eso a escondidas. Agravóse la situación de la muchacha cuando Juan Manuel se embarcó en busca de fortuna. Encerrada en su hogar, nada supo Isabel de los pueriles sucesos de aquella aldea de vida sorda.

Unas veces el padrastro la maltrataba de palabra, otras veces pretendía ignorarla; las más de las veces la turbaba con sus retencencias. Sobre todo, empeñábase en hacerla quedar mal. Delante de él ella actuaba torpemente, porque no soportaba aquella perenne sonrisilla entre irónica y acusadora. Sin poder precisar cómo, sentía Isabel que él la perseguía. Nada dijo a su madre, pero ya no pudo dormir sin colocar el viejo revolver de su padre bajo la almohada.

El mundo se fue estrechando a su alrededor hasta oprimirla. Tomó la costumbre de rehuir la presencia de su padrastro; encerrábase en su aposento: a esto se redujo su mundo finalmente. De noche, al acostarse, echaba llave. Aprendió, en su soledad y azoramiento, a conocer cada pulgada de su reducido recinto: las manchas en las paredes y en el cielo raso, los muebles, hasta las pequeñas ráfagas de aire. La única ventana era una continua invitación a la fuga. Cuando el padrastro llegaba de noche y ella despertaba con el rechinar de alguna puerta, miraba, a través de la ventana, el cielo estrellado. Más de una vez metió la mano bajo la almohada si creyó que los pasos del hombre se acercaban a la puerta del aposento.

Un día desapareció la llave. Por la noche, y en varias noches subsiguientes, la muchacha pasó largas horas de vigilia en espera de que él se acostase. Luego, rendida de cansancio, se dormía. Una vez, él, con toda intención, se allegó a la puerta para simular que iba a abrirla. Ella dio un salto en la cama, expectante, pero él se retiró. ¿Se daba cuenta Chere de lo que sucedía? El pequeño ser parecía tener los sesos exprimidos.

En cierta ocasión —y esto se repitió luego varias veces—, estando ella de espaldas, se le acercó sigilosamente el hombre y le puso la mano sobre la nuca. La frialdad viscosa la hizo estremecer. El se echó a reír; si Chere presenció la escena, rió bobamente. Isabel corrió a su pequeño mundo para no salir en todo el resto del día. Ya no pudo dormir en dos o tres noches.

Con gusto se hubiera escapado, pero, ¿hacia dónde? Nunca supo la dirección de Juan Manuel, porque el padrastro no le entregó las cartas que aquel enviaba. Una vez, sin embargo, él trajo una de las cartas al alcance de la mano temblorosa, para retirarla enseguida, sin permitir que Isabel la tomase. Después, como la misma carta, le golpeó juguetonamente el rostro, para luego, con estudiada parsimonia, encender un fósforo y quemar los ansiados papeles. Tomó las cenizas en el puño, las arrojó a los pies de su hijastra y dijo:

—Lléela.

Alejóse riendo. Isabel hincó la rodilla y acarició las cenizas como si en ellas quisiera descubrir el nombre de Juan Manuel. Se puso de pie, avergonzada; al notar que el hombre se había vuelto a mirarla burlonamente; sintió que el llanto la estremecía.

Día tras día sucedíanse estos mínimos incidentes, sin que ella tuviese voluntad para evitarlos. Menos mal que el hombre en realidad no intentó entrar en el aposento. Ella acabó por acostumbrarse a dormir sin la llave, aunque despertaba casi siempre que oía rechinar la puerta. Alguna noche no despertó, sin embargo, y el ruido penetró en su sueño provocándole pesadillas. Soñó que el hombre le apretaba el cuello; a los gritos de la muchacha, Chere vino en su socorro.

Desde su habitación el hombre comentó.

—Esa muchacha termina en el manicomio.

Parece que él llevó la noticia a la calle porque en la aldea se dijo que Isabel padecía accesos de locura. Más de una vez, en presencia de alguna visita, el hombre señaló a su hijastra y dijo:

—Mírela. ¿Cree usted que está loca? Yo creo que no. Pero es holgazana... No sé a quien salió así, porque Chere es muy trabajadora y de su padre, que en paz descansa, no digamos... Isabel se pasa todo el día metida en su aposento. Pobre. A mí no salió, porque no soy su padre.

De este modo fue creando en la conciencia de Isabel la idea de que ella era un ser inútil. Inapetente y pálida, apenas podía Isabel sobrellevar los crueles comentarios de su padrastro, hasta que se enteró —¡por fin!— del regreso de Juan Manuel. Y al sobrevenir la inesperada fuga de los muchachos y tenerse conocimiento de sus bodas, el hombre juró matarlos. Ellos decidieron vivir lejos de la aldea, luego del viaje nupcial. Era esta la primera noche que Isabel pasaba en su nuevo hogar. Parecía cosa de sueños. He aquí por qué se sentía casi aturdida de júbilo. ¿Si no fuese por la preocupación del trabajo nocturno de Juan Manuel? ¿Se atrevería el otro a cumplir su juramento de venganza?...

—Horrible pesadilla —se dijo—. Esta misma noche le diré a Juan Manuel que busque otro trabajo o que nos vayamos al Norte.

Consciente de todo, de los rumores nocturnos de los contornos imprecisos de la habitación, sonrió amigablemente a las rejas de la ventana. Bisbisó:

—Es la ventana de mi casa.

Quiso mostrarse cordial con todo lo que le rodeaba, sin miedo, sin sobresaltos, y las estrellas, lejanas, le guiñaron luces de felicidad. Una tenue brisa movía las cortinas.

—Juan Manuel debe estar por llegar. ¿Qué hora será?

—Isabel hizo esfuerzos por no recordar la vida anterior. Sin embargo, pensó:

—Nos iremos de aquí. Convenceré a Juan Manuel para que mande por mamá. Ella no puede vivir con ese hombre.

No pudo levantarse a ver la hora, porque el sueño y el cansancio le rindieron. Quedóse dormida una vez más; profundamente dormida.

A través del sueño penetró el rechinar de la puerta. Ante

ella, el padrastro extendía sus manos homicidas. Unos golpazos de sombra le oscurecieron el cerebro a la muchacha, pero tuvo voluntad para incorporarse. Y de súbito, uno, dos disparos. Y un grito.

Isabel oyó que el cuerpo caía pesadamente sobre el piso. Entreoyó el reproche:

—¡Isabel!

Sintióse aturdida por unos segundos, pero reconoció, ahora con más rapidez, los contornos de su nueva habitación. Se dio cuenta de que en sus manos tenía el revólver; horrorizada, lo arrojó sobre la cama. Enfebrecida por el hallazgo, no perdió tiempo en hacer luz. Tendido en el suelo, en el propio umbral de la puerta, estaba Juan Manuel. No supo lo que pasó por su cerebro. Los objetos comenzaron a girar, en precipitada carrera de tiovivo, y cayó. El soplo continuo de la brisa empujó lentamente la puerta y escuchóse el rechinar perezoso, prolongada señal de martirio. El mosquitero de la cama nupcial exhibía dos quemaduras como ojos enemigos que mirasen a través de la niebla...



**Enrique Laguerre - Famoso escritor de novelas, cuentos y ensayos. Profesor emeritus de la Universidad de Puerto Rico.*